

211072

1  
1407  
56

# VIDAS DE LA UNIDAD AMERICANA

VEINTE Y CINCO  
BIOGRAFIAS  
DE  
AMERICANOS  
ILUSTRES

POR

HERMINIO PORTELL VILÁ

Profesor titular de Historia de América,  
Universidad de La Habana



1944

EDITORIAL  
OBISPO 530

MINERVA  
LA HABANA

## Thomas Jordan, general del Ejército Libertador Cubano

Sería difícil precisar cuándo fué que el general Thomas Jordan empezó a interesarse por Cuba y a simpatizar con los ideales de independencia de nuestro pueblo; pero sin duda que no fué antes de su ingreso como cadete en la Academia Militar de West Point, allá en el año de 1840, en los tiempos en que ese famoso centro de educación para la guerra tenía entre sus alumnos a hombres que después serían soldados y estadistas eminentes, como el general William T. Sherman, el general Ulisses S. Grant, el general William S. Rosecranz, y otros. Un cubano, el más tarde coronel y Jefe de Estado Mayor del Ejército de Mississippi, Julio P. Garesché, figuraba en el cuerpo de cadetes por esa época.



Jordan nació en Luray, Virginia, en 1819, cerca de las famosas cavernas sin fin, en medio de una familia de antiguo establecida en la que había sido la primera colonia británica en la América del Norte y en el seno de la cual se conservaba la tradición de que, antes de emigrar a América, allá en Inglaterra, los Jordan y los Washington habían sido parientes. Cuando la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos,

los antecesores de Thomas Jordan combatieron en las filas de la Revolución y se distinguieron como soldados de la Patria. Después, en las luchas con los indios y en la Guerra de 1812 contra la Gran Bretaña, siempre hubo un Jordan de Virginia en las filas norteamericanas, generalizándose la costumbre de servir en las fuerzas armadas.

En 1836 el joven Jordan, con el mínimo de la edad requerida, hizo su ingreso en la Academia de West Point, en la cual puso de relieve excelentes condiciones de oficial estudioso, disciplinado y valiente, por lo cual se graduó a los cuatro años con excelentes calificaciones en el grupo de los distinguidos de su clase. Nombrado teniente de infantería del Tercer Regimiento, concurrió con esa unidad a la lucha contra los seminolas de la Florida hasta participar de la sorpresa y captura del jefe de esos guerreros, Tiger Tail, en Cedar Keys, a fines de 1842. Siguió después la monótona vida de guarnición en los territorios fronterizos hasta que, al estallar la guerra entre los Estados Unidos y México, fué ascendido. En Palo Alto y en Resaca de la Palma se condujo con gran valor y en toda la campaña puso de relieve grandes dotes de organizador, por lo que, al comenzar la evacuación, nombrado capitán-cuartelmaestre, fué puesto a cargo del embarque de treinta y cinco mil hombres de las fuerzas de ocupación, de modo que no desembarcasen en ningún otro puerto entre Veracruz y Nueva Orleans. Como que era de ese contingente que los conspiradores anexionistas del Club de La Habana querían obtener cinco mil voluntarios al mando del general W. J. Worth, para anticiparse a la revolución que planeaba Narciso López en Las Villas, ya entonces Jordan hizo su primer servicio a la independencia de Cuba al impedir el cumplimiento del pacto entre el general Worth y el Club de La Habana.

El capitán Jordan era un oficial de gran prestigio, elogiado por sus superiores, cuando participó de la campaña de 1848-1850 contra los seminolas sublevados, demostrando excepcional habilidad y espíritu humanitario al lograr que los indígenas volvieran a la tranquilidad sin mayor derramamiento de sangre. Los excelentes resultados que la moderación y energía del joven militar habían logrado con los seminolas lo recomendaron para análogas encomiendas con los indios hostiles

del Oeste. De 1852 a 1860 tuvo a su cuidado la política de colonización blanca y de atracción de los indios, en los estados del Pacífico, principalmente los de Oregon y Washington, por lo que fué premiado con nuevos ascensos. Jordan no sólo se hacía respetar de los indios, sino que se ganaba su confianza con su política franca y justiciera, al mismo tiempo que protegía a los colonos y estimulaba el progreso de sus territorios con las más ilustradas medidas de gobierno.

Tal era la vida del teniente coronel Jordan, dedicado al estudio y al gobierno de su jurisdicción, cuando del otro lado de los Estados Unidos, a miles de kilómetros de distancia, las baterías del general Beauregard abrieron fuego sobre el fuerte Sumter, en la bahía de Charleston, dando así comienzo a la Guerra de Secesión. Un mes tardó la noticia en llegar al fuerte en que se encontraba Jordan quien, inmediatamente, se separó del Ejército Federal al que había pertenecido por espacio de más de veinte años, en una sencilla ceremonia análoga a las que tenían lugar en otros muchos parajes de la Unión, inclusive West Point. Dejaba la carrera que era su vocación y en la que había esperado alcanzar los más altos grados, y lo hacía con el equivocado patriotismo de los sudistas que tenían en más al Estado nativo que a los Estados Unidos. Jordan no era partidario de la esclavitud ni estaba dominado por los prejuicios de raza; hacía muchos años que vivía lejos de Virginia, pero con todo seguía siendo fiel a la Patria chica en una lucha sangrienta que él no había provocado.

Casi sin descanso Jordan atravesó el Lejano Oeste y a mediados de 1861 ya era otra vez teniente coronel, incorporado al Ejército Confederado de Virginia. Al cabo de pocas semanas había sido nombrado ayudante general y con ese grado participó de la primera batalla de Bull Run, a las órdenes del famoso general Beauregard, quien había sido cadete de West Point al mismo tiempo que él. Como coronel jefe de Estado Mayor de Beauregard le siguió en la campaña del Mississippi, en la que siempre tuvo en contra suya al mejor de sus amigos de West Point, el general Sherman, su compañero de cuarto por espacio de cuatro años y ahora su adversario más temible. En la sangrienta batalla de Shiloh, combatiendo contra el ejército de Grant, Jordan fué el alma de la brillante carga que

rechazó las divisiones de Sherman y que casi logró la victoria, por lo que sobre el mismo campo de batalla fué propuesto para brigadier-general por el propio Beauregard. Poco después, cuando la enconada lucha en torno a Corinth, en el Estado de Mississippi, de nuevo volvió a distinguirse Jordan como uno de los jefes más capaces y valientes del ejército de Beauregard, mientras que su antiguo camarada, Sherman, en las filas contrarias, también daba gloria a su nombre.

La guerra la terminó Jordan como jefe de Estado Mayor de Beauregard en la campaña junto a Charleston, Carolina del Sur, pasando terribles privaciones por el bloqueo y por los incesantes ataques de los federales. Al llegar la paz tenía bien ganada fama como militar hábil y bizarro, que había servido la causa de su estado natal por lealtad con él, pero no por sumisión a los otros puntos críticos de la Guerra de Secesión, como el de la conservación de la esclavitud. La mejor prueba de ello está en el sensacional artículo que publicó en 1865 en el *Harper's Magazine*, sobre Jefferson Davis, el Presidente Confederado, cuya dictadura y cuya arrogancia criticó acerbamente. Con las tropas de Beauregard el general Jordan había conocido a un patriota cubano, de antiguo emigrado, que seguía pensando en la independencia de Cuba por la cual había derramado su sangre el 19 de mayo de 1850, cuando la toma de Cárdenas por la expedición de Narciso López: era Ambrosio José González, ayudante de Narciso López en sus empresas libertadoras y quien se había radicado en Columbia, South Carolina, hasta identificarse con los sudistas por cuya causa se lanzó a la Guerra Civil, en la que alcanzó el grado de coronel en el Ejército Confederado, luchando a las órdenes de Beauregard y de Johnson. Cuando llegó a su fin la resistencia de los sudistas, el cubano González y el norteamericano Jordan habían intimado y comentado juntos más de una vez el caso de Cuba. La paz los separó mientras la dictadura militar de la reconstrucción imperaba en los antiguos estados esclavistas.

Jordan se dedicó al periodismo por espacio de varios años y escribió ensayos y monografías de valer sobre los habitantes y los recursos del Sur de los Estados Unidos, que atrajeron la atención general y lo revelaron como un escritor de vasta cultura y de excelente estilo literario. Sus más ambiciosos traba-

jos, como *The South, Its Products, Commerce and Resources* y *The Campaigns of Gen. Forrest*, fueron acogidos con grandes y merecidos elogios, mientras que su labor periodística como director del diario *Memphis Appeal*, en campañas habilísimas y valientes, lo llevaban a chocar con los mismos intereses esclavistas al lado de los cuales había luchado durante la Guerra de Secesión.

Así las cosas, el 10 de octubre de 1868 Carlos Manuel de Céspedes se lanzó a la revolución, en La Demajagua, proclamando la independencia de Cuba y dando libertad a los esclavos. La noticia se supo en seguida en los Estados Unidos: era el gran esfuerzo emancipador cubano de que habían estado hablando durante la Guerra Civil norteamericana, en ambos bandos, Ambrosio José González, José Agustín Quintero, Durante de Aponte, los hermanos Cavada, Julio Garesché y tantos otros cubanos, que profetizaban la lucha por la redención de su patria. Desde el primer momento los patriotas pensaron que era indispensable que contasen con jefes y oficiales que estuviesen capacitados por sus estudios y sus experiencias. Manuel de Quesada, Máximo Gómez, los Marcano y los mismos hermanos Cavada, eran soldados de profesión, que se habían adiestrado peleando, pero que carecían de la preparación técnica para manejar grandes masas de hombres con armamento moderno. Se instruyó a los comisionados diplomáticos enviados a los Estados Unidos para que, aprovechando la excelente coyuntura de que muchos de los antiguos jefes norteamericanos de la Guerra de Secesión estaban sin empleo alguno, buscasen y contratasen un jefe de Estado Mayor para el Ejército Libertador cubano... Y así fué como el general Thomas Jordan, a fines de 1868, empezó a relacionarse con nuestros compatriotas emigrados...

El Departamento de Expediciones, confiado al ingeniero Francisco Javier Cisneros, recibió instrucciones de la Junta Revolucionaria para llevar a Cuba un contingente de reclutas con una gran cantidad de armas y municiones, confiando el mando militar de la empresa al general Jordan, quien el 22 de enero había firmado su contrato para servir en las filas del Ejército Libertador, con su grado y la paga correspondiente, durante un plazo fijo en el que se esperaba que adies-

traría a los improvisados oficiales y los bisoños soldados cubanos para que convirtiesen sus guerrillas en una tropa regular. Al firmar su contrato con la Junta Cubana, Jordan se hacía automáticamente ciudadano de la nueva República, a virtud de las leyes de su país y de las reglas en vigor en Cuba, las que pocos meses más tarde quedarían incorporadas en la Constitución de Guáimaro, que ya regía cuando Jordan desembarcó en la bahía de Nipe. El contrato entre la Junta Cubana y Jordan quedó cerrado en una reunión a bordo del **Henry Burden**, en Jacksonville y, aparte de las ventajas de carácter militar que encerraba para la Revolución por la experiencia y los conocimientos del antiguo jefe sudista, tenía otras esencialmente políticas ante la opinión norteamericana por razón de los prestigios de soldado y de publicista del propio Jordan. Con notoria injusticia se trataría después de rebajar la importancia de la contribución de Jordan al esfuerzo libertador cubano con el pretexto de que se había incorporado a la Revolución como profesional; pero así fué que hicieron historia en las guerras de independencia americanas hombres como Steuben, de Kalb y otros, en el ejército de Washington; O'Leary, en el de Bolívar; O'Brien, en el de San Martín, y Cochrane, en las escuadras de Chile. Con más desinterés y con una dedicación más completa y permanente estuvo Jordan del lado de los cubanos por espacio de casi treinta años, animado de una fe invencible en el triunfo de su causa y siguiendo de cerca las vicisitudes de la evolución histórica del país hasta que comenzó la lucha decisiva, cuyo final no le fué dable ver.

El 7 de febrero de 1869 salió de Jacksonville, Fla., la expedición del **Henry Burden**, destinada a reunirse en las Bahamas con la **Mary Lowell** para después hacer en las costas de Cuba el alijo de importantes elementos de guerra confiados a un centenar de patriotas. Francisco Javier Cisneros y Thomas Jordan eran los jefes de esa expedición, que fracasó después de una penosísima travesía de seis semanas pasadas entre Ragged Island, Rum Key y otras islas de las Bahamas, sin que los encargados de guiar la expedición hasta Cuba hubieran cumplido con su deber. De regreso en los Estados Unidos, Jordan no perdió sus entusiasmos ni protestó por los

malos ratos pasados, sino que se aplicó con la mayor diligencia a mejorar la preparación de los hombres que iba a llevar a Cuba.

Finalmente, el 4 de mayo de 1869, al salir la expedición del **Perit**, Jordan estaba al frente de un grupo de voluntarios que iban a incorporarse a la Revolución, formado por 112 cubanos y 86 norteamericanos, entre éstos un joven afable, de maneras corteses y de valor indomable, que se hacía llamar Henry Earl y a quien le estaba reservada una de las más puras glorias de la Guerra de los Diez Años, con su verdadero nombre de Henry Reeves o "Enrique, el Americano". El buque llevaba a su bordo más de seis mil fusiles y otras armas de fuego, inclusive cañones, con un enorme cargamento de municiones, machetes, lanzas y otros equipos, bastantes para haber armado y pertrechado a las fuerzas de Camagüey y de Holguín. El **Perit** era un vapor viejo y de escaso andar, que solamente hacía seis millas por hora, y su capitán, timorato y poco conocedor de las costas de Cuba, estaba en perpetuo terror de que su buque fuese descubierto y hundido a cañonazos.

El 11 de mayo, a las nueve de la mañana, el **Perit** hizo su entrada en la inmensa bahía de Nipe, acercándose a la península de El Ramón, y a las 5 de la tarde comenzó el desembarco, que se interrumpió con las primeras luces del alba para continuarlo a la noche siguiente, como se hizo; pero sin que fuese posible convencer al capitán de que aguardase un día más para completar el alijo, por lo que los expedicionarios sólo pudieron descargar 2,440 fusiles, 200 revólveres, varios cañones y unos cuantos centenares de machetes y lanzas, además de las municiones para las armas de fuego. El resto del valioso cargamento se lo llevó en su fuga el **Perit** con daño irreparable para la causa de los patriotas que así no pudieron lograr los éxitos militares iniciales que tanto habrían influido en el curso de la lucha.

Jordan tuvo que desembarcar combatiendo y casi desde los primeros momentos lo atacaron los españoles por tierra y por mar, tratando de apoderarse del material de guerra descargado y que por el corto número de los expedicionarios y la falta de medios de transporte constituía una pesada impedi-

menta. Jordan rechazó varios ataques poniendo en juego hasta su artillería contra los buques españoles, y perdió y recobró una buena parte de su convoy; pero no tardó en tener contacto con los mambises, que le ayudaron a poner a salvo el cargamento. En la entrevista celebrada pocos días después con el general en jefe Manuel de Quesada, en presencia de los generales Donato Mármod, Luis Marcano y Julio Peralta, el general Luis Figueredo saludó a Jordan con las siguientes palabras de bienvenida oficial:

...General: la República de Cuba espera que sea vuestra espada para nosotros lo que fué la espada de Lafayette en las huestes del ilustre Washington...

Jordan, emocionado, contestó con la fervorosa declaración de que era un soldado de la libertad cubana, que había abrazado esa causa por la simpatía que le inspiraba el último pueblo americano que luchaba por su independencia y que le dedicaría a Cuba todos sus esfuerzos hasta verla libre y soberana.

Poco después, tras una marcha riesgosa y difícil a través de las líneas españolas, de Norte a Sur, Jordan quedó instalado como uno de los jefes del Departamento Oriental, desde el valle del Cauto hasta la jurisdicción del Cobre y se aplicó a la tarea de enseñar táctica a sus oficiales, acostumbrándoles a la coordinación de sus planes y actividades y al mantenimiento de una disciplina que era esencial para el éxito de las armas cubanas. No tardó en conocerse que el nuevo jefe, amable, valiente y capacitado, tenía el firme propósito de transformar a las bandas de mambises en un ejército regular, en una máquina de guerra de gran movilidad y eficacia, sin la impedimenta de las familias y los forrajeros que seguían a las tropas. Los improvisados soldados de la independencia mostraron una oposición instintiva a las reformas propuestas; pero no dejaron de advertir que la actitud de Jordan era irreprochable en el combate, en la marcha y en la vida del campamento, interesándose por el bienestar y la protección hasta del último de sus soldados y dando ejemplo de bravura en todos los momentos. Jordan comenzó a ser discutido por sus partidarios y sus opositores, aunque la opinión era general de que aspiraba al triunfo de la Revolución con una victoria de-

cisiva. En los combates de la región del Cobre se acreditó como valiente, hábil y experimentado; pero ya pudo advertir que había hondos recelos entre los jefes mambises, que se hostilizaban sin recato y permitían que las tropas tomaran partido en estas lamentables divisiones.

La Cámara de Representantes, reunida en Sabanilla, había acordado en sesión celebrada el 9 de junio de 1869, a propuesta del diputado Eduardo Machado, que "el Ciudadano general Tomás Jordan, por sus servicios a la Revolución, merece bien de la patria..." Fogueada la tropa de su mando, a la cual estaba inspirando disciplina y coordinación, Jordan tenía en su haber dos importantes triunfos sobre los españoles, uno de ellos el del Magán, sobre el coronel Mozo Viejo, y el otro el de Canalito. Desde junio de 1869, por disposición del Presidente Céspedes, el general Jordan fué jefe de Estado Mayor de Oriente y a las pocas semanas quedó nombrado jefe de Estado Mayor general, en el Departamento de Camagüey, de acuerdo con lo dispuesto en la Ley de Organización Militar que acababa de ser aprobada por la Cámara.

La orden general de 9 de octubre de 1869, firmada por Agramonte, anunció el nombramiento de Jordan y destacó que éste "...prestará en ese importantísimo puesto a la patria cubana el potente auxilio de sus valiosas facultades intelectuales y morales...", a lo que agregaba el mayor general camagüeyano:

...El distinguido militar jefe de Estado Mayor será, por lo tanto, por su conocimiento y su decisión, un auxiliar y alivio a este Cuartel General. Por eso recomiendo y exijo que sus órdenes sean obedecidas sin vacilación para bien de la patria y consolidación del ejército...

España por entonces había puesto a precio la cabeza de Jordan y ofrecía \$100,000 por su captura, vivo o muerto. Jordan valía más para España porque había establecido escuela de organización y de estrategia entre las tropas de Camagüey que más tarde iba a culminar en las formidables demostraciones de eficacia que los camagüeyanos habrían de dar al combatir a las órdenes de Agramonte y de Máximo Gómez. Profundas diferencias de opinión respecto a la guerra separaban

a Jordan de Agramonte; pero no fueron óbice para que ambos caballeros se reunieran más de una vez a cambiar puntos de vista sobre la campaña, en entrevistas en que era Jordan quien explicaba las reglas del arte de la guerra y Agramonte el discípulo superior, que asimilaba al momento aquellos conocimientos, que después aplicaría con genialidad propia en el campo de batalla. A Jordan, con toda razón, le disgustaba el sistema de vida militar de los mambises, muchos de los cuales llevaban a retaguardia a sus familias, mientras que otros las habían inducido a vivir en el campo, cerca de ellos y pasaban más tiempo de la cuenta con los suyos, en perjuicio de las actividades militares. Agramonte estaba en completo desacuerdo con Jordan en cuanto a este extremo, ya que él era de opinión de que, con la falta de garantías de los patriotas, cuyas familias eran molestadas y maltratadas si se quedaban en los pueblos, cuando no conservadas en rehenes por los españoles, la mejor solución era que los mambises, al lanzarse a la Revolución, no dejaran tras sí a sus seres queridos, expuestos a las iras de los voluntarios y de los guerrilleros. Estas y otras cuestiones las discutían ambos jefes con toda corrección y cordialidad, pero sin ceder en sus puntos de vista.

Jordan, por su cuenta, podía advertir mejor en Camagüey, al familiarizarse más con el idioma y con el medio, las divisiones que separaban a los patriotas, así como las ambiciones y los recelos de aquellos hombres que hacía menos de un año que eran colonos sometidos al más brutal despotismo y que de repente se encontraban convertidos en hombres libres y no hallaban freno que poner a sus pasiones desatadas, con un individualismo desaforado y perjudicial a la causa de Cuba. De esas rivalidades lamentables no participó Jordan ni por un momento. Planteada la pugna entre la Cámara de Representantes y el general en jefe, Manuel de Quesada, cuando del Presidente Céspedes, menudeaban las acusaciones de unos contra otros y había síntomas de una posible lucha entre los dos bandos cuando tan necesaria era la unión para infligir una derrota decisiva a los españoles, antes de que pudieran enviar refuerzos a Cuba.

El carácter, los antecedentes y los procedimientos de Quesada no eran como para hacer que ese turbulento personaje fuese el jefe supremo de las tropas revolucionarias; pero en la Cámara no faltaban exaltaciones demagógicas que serían fueustas a la causa de Cuba. De aquí que Jordan no interviniese ni en la reunión de los adversarios de Quesada, celebrada en la finca "La Matilde", del suegro de Ignacio Agramonte, con asistencia de este último, y que se negase a participar de la junta de los partidarios de Quesada, celebrada en el Horecón de Najasa, en diciembre de 1869. Agramonte, Salvador Cisneros Betancourt, Luis Ayestarán y el brillante orador Rafael Morales (Moralitos), que representaban el partido de la supremacía de la Cámara de Representantes, en sus reuniones atacaron a Quesada duramente, acusándolo de usurpador, déspota, hombre sin escrúpulos y enemigo de la libertad de Cuba. Para ellos Quesada reunía las peores cualidades y aspiraba a la dictadura militar, lo que no se recataban en decir en sus discursos ni en escribir en memoriales y manifiestos.

Cuando los amigos de Quesada se acercaron a Jordan con la invitación para la junta en el Horecón de Najasa, le pintaron la situación con los colores más sombríos: era preciso poner coto a las arbitrariedades de la Cámara; no se podía continuar la guerra a menos que el general Quesada tuviera poderes dictatoriales y había que organizar la opinión de las tropas y del pueblo para que la Cámara ampliase las facultades del general en jefe. Jordan los oyó con calma y luego, al negarse a asistir a la junta, les dijo con toda energía: "Soy de opinión de que, dentro del sistema vigente, el general en jefe tiene todas las atribuciones necesarias para llevar a los cubanos a la victoria; pero si por un momento siquiera la autoridad militar desconoce las leyes fundamentales de la República e intenta sobreponerse a la Constitución de Guáimaro, en el acto me separaré del Ejército Libertador".

Poco después la Cámara resolvió la deposición de Quesada en una sesión borrascosa en que se pronunciaron discursos violentísimos. Bernabé de Varona (**Bembeta**), incondicional de Quesada, tomando pie en las acusaciones de que Quesada quería imitar a Napoleón para alzarse con la dictadura y de que

sus proclamas se parecían a las del Gran Corso para disolver el Consejo de los Quinientos, insistió en que fuese disuelta la Cámara de Representantes, por la fuerza, mientras que Manuel Agramonte proponía a Quesada "colgar a los chiquillos representantes"; pero Quesada conservó su presencia de ánimo para aconsejar a su subordinado: "Guarde esos entusiasmos para combatir a los "azulitos" y no luchemos contra nosotros mismos".

El sucesor de Quesada como general en jefe de las tropas cubanas, designado por la Cámara y por el propio Presidente Céspedes, fué Thomas Jordan quien, en seguida, encontró oportunidad para poner de manifiesto sus talentos militares en el combate de Tana o Minas de Juan Rodríguez. La columna española, al mando del general Eusebio Puello, contaba con más de dos mil hombres, entre infantería regular, caballería de línea, guerrilleros y artillería. Después de pasar por Guáimaro los españoles se encontraron en Minas ante las trincheras que Jordan había mandado construir y tras las cuales los esperaban 548 mambises con un solo cañón, por cierto que arrebatado al enemigo en un combate anterior. En poco menos de dos horas los españoles tuvieron trescientas bajas, lo que hizo de esa acción de guerra, al decir de Manuel Sanguily, la más desastrosa de sus armas hasta el combate de Palo Seco. Jordan, al hacer el parte oficial de la batalla hizo este caluroso elogio de sus hombres:

...Toda la línea estaba bajo mis ojos y no ví un solo caso de mal comportamiento por parte de jefe, oficial o soldado alguno, sino por el contrario, un soberbio espíritu y valor. A solicitud de oficiales y soldados ordené una carga al machete sobre los tiradores enemigos de nuestro flanco izquierdo, la cual fué ejecutada de la manera más brillante... con una sangre fría y precisión que hubieran hecho honor a veteranos de cien batallas...

...Estoy orgulloso de haber tenido la oportunidad de mandar semejantes tropas; su noble ejemplo ha infundido en todas las que desde entonces se nos han reunido, intenso entusiasmo...

Doz semanas después volvió Jordan a enfrentarse con los españoles, que formaban un verdadero ejército de cinco mil

hombres mandados por el brigadier Goyeneche. Fué éste el combate de la Loma de Imías o El Clueco, en que los mambises se batieron con heroísmo contra fuerzas superiores, mereciendo los elogios más entusiastas de su general.

Ya por entonces, sin embargo, se cumplía el contrato de un año que Jordan había firmado con la Junta Cubana para organizar y adiestrar el Ejército Libertador. Aunque convencido del valor y del patriotismo de los cubanos, no podía cambiar los métodos de guerra ni crear un cuerpo de tropas regulares como las que habían decidido las guerras de independencia en otros países de América, porque la poca extensión del país y la forma de la Isla, con el hecho de que no podía equiparse convenientemente a los soldados por el no reconocimiento de la beligerancia, imponían la lucha de guerrillas. Por ello fué que presentó la renuncia de su cargo. Su condición de extranjero y las rencillas y envidias que dividían a los cubanos fueron causas concurrentes en esa decisión. El 23 de febrero de 1870 dirigió Jordan su última acción de guerra en suelo cubano, que fué el ataque al fuerte de Punta Pilón.

Jordan había sido, sin embargo, de positiva ayuda y de útil orientación militar a los cubanos, y Enrique Collazo lo reconoce así al decir que "había venido a Cuba demasiado pronto y que sus servicios técnicos y su espíritu de disciplina habrían hecho maravillas unos pocos años después". Entre sus compañeros y subordinados, inclusive Ignacio Agramonte, que tan cerca había estado de él, dejó excelente recuerdo de militar valiente y capacitado. La Cámara de Representantes, al aceptar con fecha 12 de marzo la renuncia presentada por Jordan, cuidó de anotar su gratitud al general norteamericano e hizo constar en acta:

...Que en todas las posiciones ha prestado el general Jordan a la República los más inteligentes, leales y eficaces servicios...

Cuando este acuerdo fué adoptado Jordan navegaba hacia Nassau en un barquichuelo, acompañado del hermano de Agramonte. Dejaba tras sí a un pueblo que luchaba por su independencia y cuya causa había defendido y seguiría defen-

diendo, porque Jordan renunció a su puesto de general en jefe de los mambises, pero no a sus simpatías por los cubanos, y más de una vez quiso regresar con una expedición en que viniesen todos los elementos de guerra que eran necesarios para el Ayacucho o el Yorktown cubano. Por espacio de varios años, mientras dirigía el **Financial and Mining Record**, de Nueva York, fué visita regular de la agencia revolucionaria de esa ciudad y propagandista incansable de la concesión de la beligerancia y del reconocimiento de la independencia, tratando de interesar a políticos y capitalistas en la causa de Cuba.

En el **World**, de Nueva York, al reafirmar su propósito de volver a Cuba, publicó la más noble defensa de la Revolución de 1868 al decir:

...Ningún pueblo se ha insurreccionado jamás merced a más provocaciones y ningún pueblo ha peleado jamás con tanta obstinación por la libertad y rodeado de desventuras tan numerosas y desalentadoras como pelean en la actualidad los cubanos, después de dos años de lucha, en los cuales han puesto fuera de combate a mayor número de sus enemigos de los que pusieron nuestros antepasados en los dos primeros años de nuestra revolución.

Partiendo del pleno conocimiento personal que tengo de lo que se ha hecho en Cuba, y con los recursos y obstáculos con que han luchado y luchan los cubanos, me atrevo a asegurar que si nuestros antepasados se hubieran visto obligados a combatir bajo la presión de la mitad de las dificultades con que aquéllos han tropezado a cada paso, habrían tenido que someterse antes de que Francia hubiera tenido tiempo de interponer su poderoso auxilio de tropas regulares que constituían más de la mitad de las fuerzas que acabaron con Cornwallis y dieron término a la guerra en Yorktown... Nuestros antepasados obtuvieron el auxilio de Francia consistente en tropas, armas y municiones. Los cubanos no han tenido auxilio de ninguna parte...

En 1873, al contestar lo publicado por el periódico **Herald**, de Utica, N. Y., Jordan escribió un formidable alegato en favor de los revolucionarios cubanos, que publicó después en

folleto con el título de **Poor Cuba** (Pobre Cuba), destacando los sacrificios hechos por los mambises para obtener la independencia de la patria. Así siguió, junto a Miguel Aldama, a Francisco Vicente Aguilera y a los demás emigrados, colaborando en toda gestión hecha por Cuba con la más sincera devoción por aquella causa que había abrazado y con la cual se había identificado profundamente.

El Pacto del Zanjón lo dejó tan aplanado como si hubiese sido cubano por nacimiento; pero no se resignó a considerar la derrota como un fracaso definitivo, sino que mantuvo sus contactos con los patriotas y al renovarse la agitación revolucionaria, allí estuvo en primera fila para brindar sus experiencias y ofrecer su concurso al esfuerzo final. Con apasionado interés siguió los preparativos de Martí para la sublevación de 1895 y enfermo de muerte supo que de nuevo la bandera de Cuba llamaba a los bravos al combate y se regocijó y por espacio de varias semanas pudo seguir en las informaciones periodísticas la marcha de la Invasión, cuya importancia adivinó, y reputó de decisiva. A mediados de noviembre la columna invasora penetraba en Las Villas al mando de aquel Máximo Gómez que había sido subordinado suyo en 1869; aquélla era la guerra regular, de maniobras y combates, que Jordan había preconizado, y el propio Gómez anunciaba que iba en busca del Ayacucho cubano en los campos de Occidente... Con esa satisfacción y en la entusiasta anticipación de que esta vez triunfaría la República, el 27 de noviembre de 1895 fué que falleció en Nueva York Thomas Jordan, amigo inolvidable de Cuba y general en jefe que había sido del Ejército Libertador cubano.